

—¿Usted la ha visto? exclamó Clotilde.

—No, mujer, hablo para Mauricio, no para ti. «¿La ha visto V.? va á preguntarme el conde.—Todavía no he hecho sino vislumbrarla, responderé yo.—¿Qué mujer es esa? continuará preguntando tu tío.—¡Toma! una mujer...»—Pero vamos á ver, señor de Rieulle, dígame usted qué tal es ella para que yo pueda responder.

Aunque Clotilde no hizo movimiento alguno, es evidente que semejante conversación la hacía sufrir, sino de pesar, á lo menos de despecho. Fabián seguía los progresos de este sufrimiento con mirada de fisiólogo consumado.

—¿Es morena ó rubia? preguntó la señora de Barthele, quien, con su volubilidad innata, volaba de flor en flor, y como no acostumbrada á examinar á fondo cosa alguna no notaba la ligera contracción de las facciones de Clotilde.

—Morena.

—¡Cómo! ¿es posible que un hombre pueda amar á una morena cuando es dueño de la rubia más adorable? Y dígame V., ¿es alta ó baja?

—De estatura regular, pero de líneas irreprochables.

—¿Y viste?

—Con gusto exquisito.

—¿Sencillamente?

—Sencilísimamente.

—Bien; les dejo á ustedes. Oye, Clotilde, cuando el coche de la señora Ducoudray esté á la vista, sube á avisarme en seguida. Y á propósito: ¿sabe V. de qué modo vendrá, señor de Rieulle?

—Es probable que en su calesa, pues está demasiado magnífico el tiempo para encerrarse en un cupé.

—¡Ah! ¿Conque tiene trenes la princesa esa?

—Sí los tiene, señora, y aun son citados por su elegancia.

—¡Dios mío! ¡en qué tiempos vivimos! exclamó la de Barthele saliendo del salón y dejando á solas á Fabián y á Clotilde.

V

Como ya hemos dicho, esto era lo que deseaba Rieulle, quien, desde que viera entrar á la joven, había maniobrado para conseguirlo.

Ahora digamos algo de Fabián de Rieulle, al cual todavía no hemos tenido tiempo de darlo á conocer á nuestros lectores.

Era el joven lo que en toda la acepción vulgar de la palabra se llama un buen mozo; más: á primera vista su porte y sus modales parecían satisfacer las exigencias más absolutas de la elegancia parisiense, y era menester una mirada muy perspicaz ó un examen muy minucioso para distinguir las diferencias que separaban al hombre del caballero.

Fabián frisaba con los treinta, aunque de buenas á primeras no los aparentaba. Tenía los cabellos de un magnífico color castaño oscuro, á los que hacía resaltar la barba, un tanto más clara de color y en la que se veían algunos pelos de matiz muy encendido; las facciones, aunque regulares, las tenía muy marcadas, y el vivo encarnado que habitualmente le cubría las mejillas le quitaba algo de la distinción que acompaña siempre á la palidez. Alto y de buena presencia, conocíase sin embargo que sus abultados miembros eran groseros en sus puntos de conexión y en sus extremidades; sus ojos, azul oscuro, á los que formaban marco bien arqueadas cejas, no carecían de cierta fascinación; pero en vano hubieran intentado apropiarse esa mirada vaga que tanto hechiza á la fisonomía. En una palabra, ostentaba, si así podemos expresarnos, el sello de la elegancia adquirida, pero no la distinción nata; cuanto proporcionan la educación y el trato social, pero nada de lo que concede la naturaleza.

Rieulle había contraído amistad con Mauricio de Barthele, y por cierto que con ello cometiera la majade-

ría más grande que pudiera habersele ocurrido; porque la compañía de éste servía única y sencillamente para hacer visibles las ligeras imperfecciones que le hemos notado y que apartado de él podía disimular fácilmente.

En efecto, cada vez que quería entrar en lucha con Mauricio, parecía que un genio maléfico se cebaba en él; en todo le superaba el marido de Clotilde. Fabián, descontento de su sastre, lo había dejado por el de Mauricio, creyendo que el sello de perfección que notara en el porte de su amigo era debido al corte particular que Humann daba á los trajes de éste. Así pues, hizose vestir por Humann, y como estaba lejos de ser un necio, vióse obligado á confesarse á sí mismo que su inferioridad provenía de cierto grosor de cintura hijo de su organización. Fabián y Mauricio tomaban los dos parte en las carreras de caballos; pero casi siempre, sea en las carreras del Campo de Marte, ya en las de Chantilly, el caballo de Mauricio triunfaba del de Fabián; de poco sin duda, media cabeza, pero lo bastante para que éste perdiese su apuesta. Entonces Rieulle, con nombre supuesto y á peso de oro conseguía comprar el caballo vencedor; sobornaba al jockey á quien atribuía los honores del triunfo, y con el mismo jockey y el mismo caballo que en el año precedente vencieran, perdía también, por un cuarto de cabeza, es verdad, pero perdía. Mauricio y Fabián eran jugadores, grandes jugadores, y sobre todo interesaban fuertes cantidades en el juego; los dos sabían perder con calma, pero únicamente Mauricio sabía ganar con indolencia, conservando absolutamente el ademán mismo que si perdiera. En fin, no faltaba quien pretendía que semejante rivalidad no paraba aquí, sino que invadía cierto terreno en el que, si no el corazón, el amor propio se interesa por modo muy distinto que en las luchas del vestir, de las carreras ó del juego, y en el que también había sido vencido Fabián. Sin embargo, éste había logrado bastantes conquistas para conseguir ponerse á la moda; pero Mauricio siempre había estado. De Fabián se sabía que le concedieran sus favores la princesa de ***, la baronesa de *** y lady ***; pero Mauricio gozaba fama de haber desdeñado tales conquistas.

Por lo que se ve, Mauricio había siempre y en todo conservado la supremacía sobre Fabián. Éste, que hiciera el firme propósito de vengarse de un modo estrepitoso de su constante inferioridad cuando se le presentara la ocasión, creyó por fin llegado el momento del desquite.

Efectivamente, la turbación que manifestó Clotilde tan buen punto se encontró á solas con Fabián, pareció de buen agüero á éste. Como hombre hábil y acostumbrado á emplear todos los medios que conducen al fin apetecido una intriga amorosa, Rieulle había adivinado desde el primer instante las ventajas que le proporcionaba la proposición que le hiciera la señora de Barthele, de conducir á Fontenay-aux-Roses la mujer á quien amaba su hijo. Con todo, como esta complacencia podía perjudicarle en el ánimo de Clotilde y neutralizar el provecho que imaginaba reportar de los celos de ésta, so pretexto de proporcionar á León de Vaux una conferencia á solas con Fernanda, se había ingeniado de modo que fuese Vaux quien introdujese bajo el techo conyugal á la rival de Clotilde. El precedería de una hora á su amigo, durante la cual daría á entender á la mujer de Mauricio que, obligado á aceptar la comisión que le confiara la señora de Barthele, á lo menos no había querido ser el agente activo de un acontecimiento que á todas luces asumía algo de humillador y de doloroso para el amor propio y para el corazón de la joven.

Al principio Clotilde y Fabián guardaron el más profundo silencio; pero momentos hay en que éste impresionona más que la palabra, por hábil y apasionada que sea, y estos son los momentos en que sentimos en nuestro corazón una especie de resonancia de lo que pasa en el de los demás. ¿Qué pasaba en el corazón de Fabián? No lo sabemos. Pero ¿y en el de Clotilde? ¿Qué motivaba la conmoción interna que experimentaba y se veía obligada á domeñar? ¿Había advertido el sentimiento á que ella diera vida, esto es, el deseo de posesión que las mujeres diferencian tan rara vez del amor? ¿Acaso no era ya indiferente al efecto que producía su hermosura, de la que hasta entonces y parte por respeto hacia ella,

parte por temor á Mauricio, los jóvenes que la rodeaban dejaron que ignorase el poder? ¿Había la traición del esposo tenido la sensible consecuencia de dejar que penetrara en aquella joven alma un sentimiento que no estuviera en armonía con sus deberes, y ya secretamente, sin que ella misma acertara á darse cabal cuenta de ello, acariciaba la venganza? ¿Quién podría decirlo? La vanidad de la mujer se encuentra á menudo herida sin que ella misma lo sepa, por uno de los instintos de coquetería inherentes á su naturaleza. Entonces es cuando por la mente de la mujer cruzan ideas indecisas de las que al principio no conoce todo el valor, pero que acuden de nuevo y con persistencia y dejan, cada vez más, huella profunda de su paso. Si es verdad que las ideas son innatas y que nuestra alma contiene el germen de ellas, ¿basta el rayo de la primera ocasión para hacerlas brotar, y una vez han brotado, se desenvuelven rápidamente al calor de las ocasiones que siguen á la primera?

Clotilde estaba visiblemente conmovida, y en su emoción entraba por mucho la presencia de Fabián. Con todo, y tal vez á causa de la misma turbación íntima que experimentaba y le oprimía el corazón, ella fué quien rompió aquel mudo preámbulo. Por lo que hace á Fabián, era demasiado hábil para no dejarla que llenase íntegramente su papel de ama de casa, y para poner fin á un silencio más expresivo á sus ojos que todas las conversaciones del mundo.

—Caballero, dijo la joven, en tanto vuelve la señora de Barthele, ¿no podríamos irnos los dos á visitar unas flores que dicen son muy raras y yo hallo muy hermosas y á las cuales nuestro jardinero cultiva con esmero sumo?

—Estoy á sus órdenes, señora, respondió Fabián haciendo una respetuosa cortesía.

En pronunciando Rieuille estas palabras y como para huir de sí misma por medio del movimiento, Clotilde abandonó el salón, y, seguida de aquél, atravesó la sala de billares y entró en el invernadero.

—Mire V., dijo Clotilde examinando sus flores con atención demasiado viva para que ésta no ocultase tur-

bación alguna; mire V. estas pobres plantas, parecen participar de la tristeza de la casa; desde que Mauricio está enfermo asumen todo el aspecto del desamparo. En efecto, creo que desde hace ocho ó diez días esta es la primera vez que entro aquí, y esas flores son demasiado delicadas, casi me atreveré á decir demasiado aristocráticas, para que se las deje al cuidado de un simple jardinero.

Fabián la contempló acariciar aquellas insensibles plantas; pero guardó el más profundo silencio. Para él, callar era provocar una conversación de otro género. Comprendiólo así la joven, y levantó la cabeza; pero al encontrarse sus ojos con la encendida mirada de Fabián, los dirigió de nuevo á sus flores. Entonces, viéndose en la obligación absoluta de demostrarse recta, á lo menos en su actitud, creyóse fortalecida al continuar tomando por objeto de su conversación la enfermedad de su marido; solamente que lo que hizo fué escoger de dicha enfermedad el episodio que debiera haber pasado por alto.

La joven, después de tomar asiento y haber invitado á Fabián, por medio de una seña, á que hiciese lo mismo en uno de los grandes divanes de tela de Persia que circúan el invernadero, cuyas flores podían cuidarse desde fuera, dijo con el ademán resuelto que pone de manifiesto la turbación del ánimo:

—Caballero, ha demostrado V. mucho entusiasmo al trazar el retrato de la señora Ducoudray. ¿No se llama así esa señora...?

—¿Entusiasmo, dice V.? se apresuró á interrumpir Fabián; permítame que le demuestre cuán equivocada anda V.

—No lo creo yo así, repuso Clotilde ingenuamente; como la conversación interesaba en primer término á Mauricio, he prestado grandísima atención á ella. Usted la ha pintado á la señora de Barthele, no sólo como una mujer distinguida, sino también como una belleza notable; y, al hacerlo, se ha expresado de modo que excusa y me ha dado á comprender la pasión de Mauricio, esa pasión que me sumerge,—y aquí se corrigió,—que nos sumerge en la desesperación á todos los de esta casa.

La reticencia involuntaria de la joven, porque Clotilde no tenía el arte ni la intención de revelar de esta suerte sus más recónditos pesares, no pasó inadvertida á Fabián. La esposa de Mauricio, al invocar una causa de aflicción, había creído hallar en ella un punto de apoyo; pero el *nos* colectivo con que rectificó inocentemente la primera fórmula, por un efecto instantáneo de su conciencia, descubrió por completo su alma.

Fabián, como hombre experto, se contentó con balbucear algunas palabras vagas, poniendo gran cuidado en no desviar la conversación, para él entablada esta vez en un terreno grandemente favorable á sus designios.

—Señora, dijo, esté V. convencida de que me asocio vivamente al dolor que la embarga. Si Mauricio me hubiese escuchado...

—No le acuse V., repuso á su vez Clotilde; es menos culpado de lo que suponen. El yerro que ha cometido es de los que no acarrear mala consecuencia alguna; no pasa de un capricho de niño mimado. Su madre y mi tío le disculpan.

—Su madre, sí, dijo Fabián sonriendo; pero en cuanto al señor de Montgiroux, me ha parecido menos indulgente, y dispénsese V. que se lo diga.

—Lo que demuestra que nosotras valemos más que no ustedes los hombres.

—Nadie se lo niega á V.

—O más bien, continuó Clotilde, la diferencia que existe entre la situación de la esposa y la del marido es muy grande. La sociedad, no sé por qué, les absuelve á ustedes del crimen con que nos afrenta á nosotras.

—Se equivoca V., señora, replicó Fabián, la gente absuelve del crimen desde el punto de vista social, pero no en cuanto se refiere al sentimiento. Respecto á esto, y respecto de V. sobre todo, señora, me parece un absurdo el prejuicio bajo su doble aspecto.

—Yo sería menos severa que V., contestó la joven bajando los ojos. En semejantes circunstancias lo concibo todo, y eso que el amor propio no me ciega. El crimen de Mauricio,—y ex profeso me sirvo de la palabra que V. ha pronunciado, para cambiar su acepción,—es

involuntario. Siempre he oído decir, y, por poca que sea mi experiencia en semejante materia, también lo creo, que la voluntad nada puede en lo que atañe al corazón, y que así como no da vida al amor tampoco tiene fuerza para hacer que cese.

—Lo que V. acaba de decir es muy cierto, demasado, señora, exclamó con vehemencia Fabián, dando un suspiro, interrumpiéndose en el momento en que sus palabras iban á tomar un color muy significativo y fingiendo á las mil maravillas dominar una turbación íntima.

Luego, después de un instante de silencio y cual si hubiese necesitado de aquel espacio de tiempo para reprimir su emoción, continuó:

—Por lo que aquí pasa, empero, y por lo que á V. se refiere, permítame que le diga á V. la verdad desnuda, señora. A fe de caballero, lo repito, no puedo concebir la loca pasión de Mauricio por esa mujer.

—Sin embargo, poco hace la elogiaba V. de modo que disculpaba cuantas locuras fuese capaz de cometer un hombre por ella, contestó Clotilde con mal disimulada inquietud.

—Es cierto, repuso Fabián como vencido por la verdad. Doquiera que fuese, fuera de esta casa y al lado de otra cualquiera mujer, tal vez yo la hallaría hermosa; pero ¿quiere V. que se lo diga? su presencia aquí me irrita, y aunque aparentemente y para no desairar á la señora de Barthele, he consentido al principio en cooperar al lance este, ahora lo desapruébo. Semejante mujer al lado de V. es una profanación.

—¡Ah! caballero, exclamó Clotilde con arranque espontáneo, en el cual, por lo demás, había más fraternidad que amor conyugal, á una mujer no le está permitido reflexionar ni ser severa sobre los medios que pueden traer un resultado como el que esperamos, cuando se encuentra en la terrible alternativa de salvar ó de perder al marido. Recuerde V. que quien ha combinado y exigido esto es el médico, el amigo de la infancia de Mauricio, uno de los facultativos más afamados de París. Por otra parte, no está en el poder humano

trasmutar lo pasado... El peligro modifica muchas cosas, hace que prescindamos de muchos respetos sociales, y á mí me impone la paciencia y la resignación. Según me han dicho, este es mi deber, y lo cumpliré; tal vez con el tiempo, Mauricio, agradecido, me recompense.

—Confieso á V., señora, repuso Fabián, que me causa alguna sorpresa oírle hablar así en este momento. Ayer, después de la escena á la cual estaba lejos de imaginar daría ocasión nuestra visita, parecióme notar en su lenguaje de V. una especie de dolor y de indignación que me propasé á reprobar. No comprendía, es cierto, toda su importancia; pero la reflexión y más todavía un sentimiento que desde entonces se ha despertado en mí respecto de la situación en que V. se encuentra, me han inducido á rectificar cuanto la dije.

—Pues en mí, desde ayer se ha operado un cambio diametralmente opuesto; sí, señor, la esperanza ha producido su resultado natural; en las largas horas de una noche pasada en vela á la cabecera de un moribundo querido, la imaginación no cesa de trabajar. Además, la indulgencia es á menudo la piedra de toque de la tranquilidad, y de la tranquilidad á la dicha no hay gran distancia. Ya ve que soy razonable y que hoy puedo replicar á cuanto me dijo V. ayer.

—¿Habré acaso tenido la desgracia de que mi franqueza me haya hecho incurrir en su desagrado, señora? repuso Fabián. No obstante, ayer no la dije á V. cosa alguna que no esté presto á repetírsela hoy: únicamente que hoy la he visto á V. una vez más y he podido juzgarla por completo; así pues, á lo que ayer dije, añado en lo presente que no comprendo cómo puede su marido de V. serle infiel, sin embargo de lo cual estoy dispuesto á compadecer á éste, si V. se empeña en que no le condene.

—Caballero... balbuceó Clotilde sonrojándose y denunciando por medio de un movimiento de retirada involuntario, el aprieto en que acababa de colocarla Fabián.

—Me callaré si así V. me lo exige, continuó el joven; pero en el momento en que conducimos acá la mujer que

ciega á Mauricio hasta el extremo de impedir á éste que le haga á V. la justicia que debería asegurarla la superioridad sobre todas las demás mujeres, me permitirá que deplore menos todavía los medios que empleamos para curarle, que la causa que pone en peligro su existencia. El buen corazón de V., lo conozco, debe disculpar un capricho que tales estragos ocasiona; pero éstos ¿puede V. comprenderlos?

—Sin embargo, es menester que demos crédito á lo que vemos, señor de Rieulle.

—Hace poco, la señora de Barthele me estaba diciendo que al matrimonio de V. y de Mauricio más había obedecido al amor que á la conveniencia; y yo replico, que ó aquella señora estaba en un error, ó yo debo estar singularmente admirado al ver su dicha de ustedes desvanecida. Sé que el amor, como V. misma ha manifestado, se ríe de todos los respetos sociales, y que para nada interviene el corazón en las combinaciones de las familias; pero entonces V. confiesa que Mauricio no la amaba. Ahí lo que la situación presente de V. demuestra; ahí lo que yo puedo concebir; ahí, en fin, lo que contra él me exaspera.

Rieulle había hablado con tal fuego de convicción, con tal ardor, que Clotilde no se atrevió á levantar los ojos; al mismo tiempo la infundía temor el guardar silencio, y aunque su emoción la inclinase á ello, hizo un esfuerzo por romperlo. La vehemencia á que Fabián se abandonara, le inspiraba un terror vago del que ella buscaba inútilmente defenderse. Por último y sin poner de su parte lo que pudiera para explicarse la turbación que sentía, respondió con aparente calma, sobre la cual Fabián no se llamó á engaño:

—Nunca he tenido queja alguna de Mauricio durante los tres años que llevo de casada, y á no ser la grave enfermedad que éste está padeciendo, á estas horas ignoraría aún un olvido de un instante, olvido que perdono y que sabré olvidar por lo mismo que amo á mi marido.

Pero la voz le espiró en los labios al pronunciar estas últimas palabras.

Los dos interlocutores guardaron de nuevo silencio,

sin que uno ni otro intentasen romperlo. Fabián había avanzado mucho terreno; en aquel hechicero retrete, en medio del aroma de las flores al cual Mauricio tan amenuado uniera la suave armonía de su voz, Clotilde escuchaba otros acentos que los de su esposo, y estos acentos le llegaban al corazón y la estremecían.

En cuanto á Fabián, como más le guiaba el deseo de venganza que un amor real, sentíase dueño de sí mismo y, por consiguiente, de Clotilde. Así es que mientras la joven, oprimida en su silencio como en una red que no se veía con ánimos de romper, se abandonó á una vacilación vaga, al pasmo, á la perturbación de impresiones que le parecían tanto más estupendas cuanto para ella eran enteramente desconocidas, Fabián aprovechaba el tiempo, calculando el alcance de las palabras que iba á pronunciar, y tomando la resolución de ilustrar á su interlocutora respecto de la sensación que experimentaba, aunque no con tanta viveza que pudiese convertir su turbación en espanto.

Después de haberla estado contemplando por espacio de algún tiempo con una de esas miradas magnéticas que las mujeres sienten pesar sobre ellas, Rieuille tomó de nuevo la palabra, y dando un suspiro, dijo:

—¿Me da V. su licencia, señora, para que interrumpa sus reflexiones comunicándole las mías? A mi parecer, la singularidad de la situación permite entre nosotros cierta confianza, una especie de intimidad que me hace esperar la induzca á perdonarme lo que voy á decirle. Dice V. que ama á Mauricio. Indudablemente así lo cree usted y debe V. creerlo; pero sin celos no hay amor verdadero, y hasta lo presente, ó gracias á un gran dominio sobre V. misma, los ha ocultado V. ó no ha experimentado uno solo de los impetuosos impulsos que delatan la presencia de una pasión real, hacen imposible el reposo y envenenan la vida para siempre jamás. Pero si el amor de V. no se ha revelado todavía por estos violentos síntomas, y con todo semejante amor existe, tal vez se exponga V. demasiado al recibir aquí á la mujer que la ha arrebatado el corazón al cual no solamente el título de esposa que V. lleva, sino también su superioridad sobre

las demás mujeres, le dan el derecho de pretender exclusivamente, sobre todo V. que da exclusivamente el suyo. Tal vez sería prudente alejar á esa mujer y confirmarme á mi el encargo de romper la premeditada entrevista. No tiene V. más que ordenar; todavía estamos á tiempo.

—Caballero, repuso Clotilde haciendo un ligero movimiento de impaciencia, V. olvida que Mauricio se está muriendo, y que el médico juzga que sólo la presencia de esa mujer puede salvarle.

—Es cierto, señora, dijo Fabián complaciéndose en volver y revolver el cuchillo en el corazón de Clotilde; pero suponiendo que esa mujer obre, con su presencia, el milagro de devolver la vida y la salud á Mauricio, ¿hará que éste sea razonable? Medite V. en ello, señora; está V. jugando la tranquilidad de su existencia entera á una vuelta de dado. Va V. á ver á la señora Ducoudray; pero la verá al través de un prisma que exagerará sus méritos, frívolos á mis ojos, pero que á los de V. se convertirán en preeminencias reales. Sencilla como es V. é ignorando que la adornan gracias más preciosas y cualidades más verdaderas, quizá se juzge inferior á ella, por la razón de que ella habrá hecho lo que usted no puede; tal vez entonces y á causa de este error de su modestia, sentirá V. atravesada el alma por el candente veneno de los celos, ese tormento sin tregua, ese dolor sin fin; entonces le será á V. imposible diferenciar aquello que ha combinado el arte de lo que da la naturaleza; tomará V. los modales estudiados por gracias sinceras; la fascinación del lenguaje, á que dan realce la seguridad y la audacia en las réplicas, le parecerá á V. preferible al sentimiento tímido que no se atreve á delatarse. Usted la verá á ella, señora, y la oirá; pero no se verá ni se oirá á sí misma, y será V. desdichada, porque se creará realmente inferior, porque yo no podré estar siempre al lado de V. para decirle: «Señora, vale V., comparada con ella, lo que un diamante comparado con una flor, lo que una estrella comparada con un diamante». Ó será V. una desdichada, ó no amaré á Mauricio.

Las miradas y la voz de Fabián estaban animadas de una expresión tan fogosa y persuasiva, que la turbación de Clotilde fué haciéndose más visible por momentos. Sin embargo, gracias á un esfuerzo sobre sí misma, continuó aparentando serenidad.

—Usted no recuerda, caballero, repuso la joven, que hoy no se trata de mí, sino de Mauricio; que no soy yo quien hago estremecer á una madre. Así pues, al mismo tiempo que le agradezco el interés que me demuestra, permítame que me admire de la exagerada solicitud que pone V. en hacerme patente mi propia desdicha.

—Esta solicitud no la sorprendería á V. lo más mínimo, señora, si pudiese leer en mi corazón, apreciar en lo que vale el sentimiento que me guía, y de esta suerte llegar á convencerse de que el interés de V. me mueve más que el de mi mejor amigo.

Era esta vez tan manifiesta la confesión, que Clotilde no pudo reprimir un movimiento de espanto.

—Continúo escuchando á V., dijo la joven tomando un tono frío y reservado, pero he cesado de comprenderle.

—Perdóneme V., señora, repuso Fabián fingiendo una turbación que no sentía; me he olvidado de que no me cabe la honra de serle suficientemente conocido. Así pues, véome obligado á hablar de mí por un instante, en vez de continuar haciéndolo de V.; á explicarle una singularidad de mi carácter, ó más bien una rareza de mi corazón.

Rieulle guardó un rato de silencio, durante el cual brilláronle algunas lágrimas en los ojos y al parecer anudóle la voz en la garganta una emoción profunda.

Clotilde continuó escuchándole á pesar suyo.

—Bajo una apariencia de frivolidad mundana, prosiguió Fabián, escondo un corazón muy desgraciado; sí, señora, tengo el pesar de sentirme siempre y contra mi voluntad atraído por los oprimidos, cualesquiera que sean. Discúlpeme V. estas revelaciones, señora; y sobre todo no le muevan á risa. Hasta tal extremo me veo arrastrado por mis sentimientos, que en un baile, en lugar de dirigirme á las mujeres que por su hermosura ó por sus

galas atraen á los admiradores, busco, para que participe del placer y de la alegría de los demás, á la pobre abandonada á quien nadie invita. Doquiera que encuentro el desamparo, tiene derecho á mi atención, á mi solicitud, y aun á mi respeto. No me erijo en enderezador de entuertos, pero hallo suave complacencia en consolar; es un papel que no hace brillar, pero es de gratísimo desempeño.

Había en la voz de Fabián tanta convicción, y tanta verdad en su ademán, que la mujer más acostumbrada á esta clase de intrigas hubiera caído en el lazo.

Rieulle, al notar el efecto que había producido, continuó:

—¡Si V. supiese, señora, cuántos yerros hay que enmendar en el mundo! ¡cuántas mujeres á quienes creemos dichosas vuelven la cabeza para derramar lágrimas, y cuántas sonrisas vagan por los labios, que no parten del corazón!

—¿Sabe V. que por lo que se explica, dijo Clotilde, su vida debe ser por entero un acto de abnegación?

—Acto de abnegación por cierto no meritorio, señora; porque puede llegar día en que, comprendiendo la diferencia que existe entre el corazón del que la abandona y el de quien la compadece, una mujer que tal vez nunca me hubiera dirigido una mirada, se dignará recompensarme con una palabra, satisfacerme con una sonrisa, convirtiéndome de esta suerte en el más dichoso de los hombres.

Esta vez no era ya imposible engañarse respecto del significado de las palabras ni sobre la intención del que las pronunciaba; así es que Clotilde, pálida de terror, se levantó de improviso y dijo:

—Dispense V., caballero, oigo el ruido de un coche; probablemente entra en el patio la señora Ducoudray, y he prometido á mi madre que le avisaría la llegada de ésta.

Y con la rapidez del relámpago la joven atravesó la sala de billares y desapareció detrás de la cortina que cubría la puerta del salón.

—¡Bravo! dijo entre sí Fabián mientras se componía

el cuello de la camisa y se alisaba los puños, mis negocios marchan viento en popa. Ha huído; luego temía venderse permaneciendo aquí. ¡Ah! en esta casa me hacen desempeñar el papel de médico; enhorabuena; pero van á pagarme las visitas.

VI

La Rochefoucauld ha dicho, en sus desesperadoras *Máximas*, que en la desventura de un amigo siempre había algo que nos complacía.

El célebre moralista tomó las cosas desde el punto de vista más filantrópico; debió haber dicho que no existía desventura que el hombre no procurase explotar, catástrofe de la que no se lograra sacar provecho, acontecimiento calamitoso que no tuviese sus jugadores á la alza y á la baja.

Así, Fabián de Rieulle y León de Vaux habían especulado los dos sobre la enfermedad de su común amigo Mauricio para sustituirle: el primero al lado de su mujer, el segundo al de su querida. En efecto, durante corto espacio de tiempo corrió la voz de que Fernanda pertenecía al joven barón de Barthele, pues, al parecer, había cedido á las atenciones de éste; y como no trascendiera rumor alguno respecto de su rompimiento, y los dos habían tomado grandes precauciones para ocultar su intimidad, supusieronles unidos por un amor novelesco y desmayado, hasta que la verdad se abrió paso, es decir, hasta la víspera.

Ahora que León de Vaux no podía poner en duda que el rompimiento entre Fernanda y Mauricio era verdadero, dábale tormento una idea, la de quién había sustituido á éste; problema por demás grave para el joven, que daba singular importancia á conocer la conducta de la mujer caprichosa que admite sus agasajos sin jamás premiarlos. Efectivamente, León de Vaux, aunque suficientemente rico y de modales y rostro lo bastante dis-

tinguidos para no ser rechazado, sobre todo por una mujer á quien se tachaba de liviana en alto grado, aguardaba inútilmente que para él soprase próspero el viento del capricho.

Por lo demás, León de Vaux tomaba resignadamente su papel de supernumerario; más joven que Fabián, de seis á ocho años á lo menos, recibía de sus relaciones platónicas con la cortesana más célebre de París, — porque hablando en plata este era el título que generalmente daban á Fernanda, — un reflejo del brillo y de la nombradía de ésta, y además reportaba en ello la ventaja de empezar su carrera de Tenorio de modo que de antuvión se pasaba á maestro. Sólo nos falta añadir que en parte alguna veía, ni en la sociedad encumbrada, otra mujer que le interesase más el corazón.

El coche según la estación, esto es, una calesa en verano y en invierno un cupé, una y otro de formas elegantísimas y casi siempre de color castaño oscuro; criados vestidos á la inglesa, es decir, completamente negros; un tronco de caballos tordillos rucios de admirable estampa, con arreos negros y lucientes apenas realizados por algunos filetes de plata, indicaban si no la condición elevada, á lo menos el exquisito gusto de la mujer á quien las gentes veían apearse, por la noche, en el peristilo de la Ópera ó de los Italianos, y algunas veces, por la mañana, á la puerta de la iglesia de San Roque. Los papanatas, que por la superficie lo juzgan todo, que envidian la apariencia sin conocer nunca la realidad y hacen consistir la dicha en las fruiciones del lujo, al ver saltar ligera del coche á aquella mujer hermosa, joven y elegante, decían para sus adentros: «¡Ahí una criatura dichosa!»

Pero lo que hacía de Fernanda el simulacro perfecto de una mujer *comme il faut*, eran la pureza y facilidad de su lenguaje, la dignidad de su talento, el garbo de su andar, su simplicidad en el vestir y sus modales aristocráticos. Sus juicios, formulados con palabras aunque de intención atrevida, familiares á todos, lo que constituye una cualidad rara, asumían siempre la lógica más sana. Sobre cualquier especialidad de arte que se enta-

blase una discusión, ella decidía siempre con incontestable superioridad de gusto, y en música, sus observaciones eran de exactitud técnica y de excelencia de sentimiento tales, que sus fallos se admitían sin apelación. Si se sentaba al piano, lo que efectuaba sin hacerse de rogar y aun en ocasiones espontáneamente, su primer preludio revelaba el numen de la inspiración. Pocos elegidos habían sido admitidos en su taller; pero aquellos que por especial favor habían puesto los pies en él, decían que era imposible que aquella mujer no hiciese retocar sus cuadros por algún gran pintor de su intimidad, á quien le atribuían por amante. Sabía también ensalzar y censurar, y esto no diremos con mucha más justicia, pero sí con mucho más discernimiento que aquellos que cifran su carrera en el desdichado oficio á que apellidan crítica. Severo su gusto en literatura, pocas eran las obras frívolas que leyera; y en cuanto á su biblioteca, se componía de gran número de libros de los grandes escritores de todos los siglos. Así, pues, en lo que atañe al discernimiento, á la cultura y á los modales, Fernanda no sólo podía parangonarse con las damas más notables y más encomiadas de la aristocracia, sino que en algunos conceptos las sobrepujaba. Por lo que respecta á las cualidades del corazón ¿las tenía en el mismo grado que las de la inteligencia? Únicamente sus íntimos amigos pudieran haber rebatido ó confirmado la opinión de los que no la conocían sino superficialmente y la tildaban de mala, no de instinto, pues no se citaba de ella una acción fea, sino en el hablar.

¿Fernanda debía sus triunfos á sus hechizos naturales, á la delicadeza de su pensar, ó á su vasto talento? ¿Quedaba uno más cautivo de su siempre visible gracia, ó de las cualidades que iba descubriendo en ella á medida del trato? ¿Quién había formado aquella primorosa gentileza? ¿de dónde venía? ¿quién había dotado con ella á la falange de los Tenorios? ¡Ay! á todas estas preguntas que han quedado sin respuesta y que desesperaban la curiosidad misma de sus más íntimos amigos, era menester añadir otra que nadie hacía y que sin embargo cobraba importancia suma para quien quiera conociése

á aquella mujer notable: cuáles eran las emociones dominantes de su alma. Verdad es que la grandeza y excelencia de ésta eran conocidas; pero ¿quién había penetrado sus misterios? ¿quién podía afirmar que profundos pesares y abundantes lágrimas no amargasen la vida tan adulada y superficialmente tan dichosa de la joven? Ínterin, todas las apariencias de aquella existencia eran brillantes, y, cual hermoso lago de límpidas aguas, parecían reflejar los rayos del sol.

León de Vaux, en vez de introducir desde luego á Fernanda en el salón donde creía que la estaban aguardando, al bajar del coche la había conducido al jardín, so pretexto de hacerle admirar la hermosura del mismo, pero en realidad para retardar otro tanto el apuro en que necesariamente iba á encontrarse. Ocupado completamente en él ó en la joven, León no había osado poner á ésta en autos respecto del importante cometido que debía desempeñar, del papel decisivo que la habían asignado, aplazando siempre para "luego" el manifestárselo. Empero, ahora que Fernanda iba á entrar en escena, aquél no se sintió con valor para decírselo. Contando con la osadía de su amigo y con la ayuda del acaso, tan á menudo propicio á los atolondrados, por la razón de que los atolondrados son tan ciegos como él, avanzó desatentadamente y con toda la desenvoltura de su acostumbrado *lindismo* al encuentro de uno de los más delicados problemas sociales que en tiempo alguno se hayan abordado, esto es, la introducción de la cortesana en la familia.

Al tiempo que el joven hacía notar á su hermosa compañera los atractivos de la finca, la tupida alfombra de césped, la limpidez del estanque y la magnificencia del panorama que desde aquel sitio se descubría, la hizo subir las gradas y atravesar la antesala, y luego la introdujo en el salón, donde Fernanda pareció tranquilizarse al notar la presencia de Fabián.

—¡Ah! por fin le veo á V., señor de Riculle, exclamó la joven al ver á éste. En verdad empezaba á sentir cierta inquietud, se lo confieso á V., pues la excursión esta es por demás singular y me llena de admiración y

de temor. Por más que he interrogado al señor de Vaux, no he podido conseguir que me dijese palabra alguna sobre el particular, sino que se ha mostrado misterioso y enigmático. Espero, sin embargo, que V., señor de Rieulle, va á decirme dónde nos encontramos y cuál es esta casa encantada, en la que no se ve á persona alguna y todo en ella parece sumergido en el silencio. ¿Acaso nos encontramos en el castillo de la Hermosa del bosque dormida?

—Precisamente, señora, y V. es la hada que debe reanimarlo todo en este misterioso palacio.

—Ea, basta de bromas, señor de Rieulle, repuso Fernanda, y dígame V. por qué se me ha conducido á esta casa. ¿Me verá obligada á sufrir una fiesta campestre? ¿Debo de asistir á la coronación de una joven núbil? ¿Á qué obedece el ademán de sorpresa con que me está V. escuchando? ¿Por ventura hablo una lengua para V. desconocida? Vamos á ver, responda V.

—¡Cómo! exclamó Fabián estupefacto y señalando con el dedo á León, ¿este loco no le ha dicho á V. nada?

—Has de saber, querido, interrumpió de Vaux, que cuando por ventura disfruto de la dicha de encontrarme á solas con la señora, no puedo sino pensar en admirarla, y me aprovecho de tan preciosa circunstancia para repetirle cien veces que la amo.

—Confiese V. pues, en este caso, que soy verdaderamente generosa, repuso Fernanda, porque he dejado que me repitiera cien veces lo mismo, sin haberle hecho sentir que con una sobraba.

Fernanda, casi siempre indulgente, sabía sin embargo, de tiempo en tiempo, con ciertos hombres sobre todo, cuando lo consideraba conveniente y necesario, tomar un tono de dignidad que imponía por la concordancia que existía entre su actitud, su voz y su intención. Entonces y de improviso la más fría impasibilidad helaba su sonrisa y apagaba su mirada, y así como tenía el poder de despertar la alegría, conseguía comunicar á los más decididos y atolondrados la reserva en la cual deseaba á las veces permaneciesen los demás.

León de Vaux murmuró algunas palabras de dis-

culpa; Fabián, que de cosa alguna tenía que excusarse, aguardó.

—Señores, continuó Fernanda, les vi á ustedes entusiasmados por la situación, la elegancia y la comodidad de una quinta que, según ustedes mismos dijeron, estaba de venta. Ustedes sabían que yo deseaba comprar una finca por el estilo, y me he venido invitada por ustedes para verla. En efecto, esta vivienda es hermosa, notable y elegante en grado sumo; pero no debe de estar habitada, sino que en ella indudablemente vive alguien, no sea sino un agente. ¿Quién es ese individuo? ¿dónde se encuentra el agente ese? Hablen ustedes; ¿en casa de quién nos encontramos? ¿Me preparan ustedes acaso una sorpresa? Si así fuese, sepan que las detesto.

El mal humor que experimentaba Fernanda no se descubría sino por cierta rapidez de elocución. La joven sabía que no conservamos nuestra energía sino mientras nos dominamos, y menester hubiera sido conocerla más íntimamente que no pudieron todavía haberlo hecho los dos jóvenes, para no advertir el disgusto interno que la conmovía.

—Señora, respondió León buscando dar á su fisonomía toda la sutileza de que era susceptible; se encuentra usted en casa de una persona á quien tal vez no sienta ver de nuevo.

—¡Ah! ¿de veras? exclamó Fernanda disimulando su cólera bajo una sonrisa irónica; alguna traición ¿no es eso? Lo adivino en su gesto sutil. Efectivamente, lo recuerdo: ayer me hablaron ustedes con afectación de un gran señor; pero grandes señores no conozco ninguno ni quiero. Ea, no me hagan ustedes consumir más en mi curiosidad; ¿dónde me encuentro?

Y volviéndose hacia Fabián, frunció ligeramente las arqueadas y negras cejas, y continuó con mal reprimida impaciencia:

—A V. me dirijo, señor de Rieulle, pues le creo hombre de demasiado buen gusto, no para cometer una mala acción, sino para hacer una broma necia.

León se mordió los labios.

—No puedo ocultárselo á V., por más tiempo, señora.

respondió Fabián sonriendo; este paseo es un lazo que hemos armado á su buena fe, y en la hora presente es usted en esta casa el personaje más importante y sobre todo el más necesario de una conspiración por demás inocente; tranquilícese usted, ya que sencillamente se trata de devolver la vida á un pobre enfermo.

—Sí, señora, añadió León, un enfermo de amor, una de las víctimas de V., una segunda edición del doliente de Andrés Chenier, el poeta por quien siente V. tanta predilección, el cual, como V. sabe, ha dicho:

.....¡Qué insensatez la nustral
De la aflicción del hombre
es y será el amor la causa eterna.

—¡De veras! exclamó Fernanda con acento de burla más subido, lo que demostraba que en su corazón iba amasándose una cólera más intensa; ¡de veras! Pues mire usted, señor de Vaux, se lo confieso, admiro tanta complacencia por parte de V., y aun tanta abnegación, sobre todo sintiendo como siente tanto amor. Bien cuadra esto en un hombre que me ha repetido hasta la saciedad que estaba perdidamente enamorado de mí.

Luego, después de breves instantes de silencio, durante los cuales Fernanda pudo recogerse y meditar sobre lo que tenía que hacer en circunstancias semejantes, fingió una calma tan grande, que hubiera intimidado al hombre más atrevido, y con el acento de la mujer que toma una resolución inquebrantable, continuó:

—Disponen ustedes de mí de un modo algo singular, es menester confesarlo. Con todo ni á uno ni á otro les he dado derecho para ello; pero ¿qué importa? A ustedes les consta que soy observadora: pues bien, voy á aprovecharme de esta circunstancia, de este lance, porque lo es, para apreciarles en lo que valen. Señor de Vaux, es V. generoso; y esta es una nueva faz bajo la cual acabo de conocerle. Respecto á V., señor de Rieulle, no estoy tan adelantada; pero no dudo que también le ha guiado un móvil tanto más honroso cuanto es probable sea desinteresado. Veremos.—Mas si no me engaño, nuestra soledad se anima.

Efectivamente, en aquel instante se abrió la puerta del salón, y la señora de Barthele, á quien Clotilde había avisado la llegada de la de Ducoudray, apareció al umbral, antes que, como hemos visto, Fernanda hubiese recabado de León ni de Fabián una sola palabra aclaratoria.

A la vista de la baronesa, se obró un cambio visible en el exterior de la cortesana; pareció crecer un palmo, y á la expresión irónica que se reflejaba en su semblante, substituyó la de una fría dignidad.

La actitud de la señora de Barthele era solemne y estudiada: una sonrisa fingida deformaba momentáneamente su fisonomía, franca y llena de ingenua bondad.

Al entrar, la baronesa hizo una reverencia demasiado profunda para que fuese cortés; en una palabra, todo delataba en ella la preocupación que debió de haberla agitado cuando tomara la extrema resolución de recibir en su casa á una mujer hacia la cual se hubiera sentido atraída, si únicamente el acaso la hubiese puesto en su presencia.

La madre de Mauricio tenía los ojos fijos en el suelo, como dominada por un temor íntimo, y no los levantó sino después de haber exprimido, en palabras comedidas y al parecer pesadas una á una de antemano, toda la impaciencia y la ansiedad que experimentara, movida ora por la duda, ya por la esperanza de ver á aquella que tenía la complacencia de corresponder á su invitación.

Únicamente entonces y una vez hubo terminado correctamente su frase, la baronesa dirigió una mirada á Fernanda.

Al ver á una mujer de presencia distinguida, hermosa y vestida con tanta sencillez y tan exquisito gusto, la baronesa, ya fuese movida por la expiación de su terror, ya por efecto de una satisfacción inexplicable, hizo al punto una reverencia menos ceremoniosa que la primera.

La señora de Barthele, adiestrada á las investigaciones rápidas en la sociedad en que vivía y gracias al devorador afán con que una mujer examina á otra mu-

jer, vió en el conjunto y en los pormenores de Fernanda cuanto quería ver: esto es, que el blanco vestido que ésta ostentaba era de la más fina muselina de la India; que el sombrero de paja de Italia de que iba tocada, lo cortara la señorita Baudrán; que la manteleta negra que le cubría los hombros y dibujaba los contornos de su delgado y elegante talle, en vez de taparla daba realce á su pecho; y por último, que el color del calzado que cubría sus pies de niño y el de los guantes que le envolvían las manos, denunciaban hasta en sus más mínimos ápices ese no sé qué simpático que la griseta, por rica que llegue á ser, no logrará nunca conseguir, porque el no sé qué ese consiste en una esencia suave y sutil que más sentimos que no vemos, y, cual el perfume, se revela con más fuerza en el alma que no en los sentidos.

Turbada y maravillada á la vez por este examen, la baronesa habló desde entonces con entera libertad y dejó que sus palabras fuesen traducción fiel de su pensamiento.

—Señora, dijo la baronesa casi con efusión cordial, le agradezco á V. en el alma el tiempo que para la dicha de mi familia tiene á bien concedernos.

Fernanda, no menos admirada de las palabras de la madre de Mauricio que ésta lo quedara al aspecto de ella, pero contenida por la circunspección y la reserva siempre indispensables que su situación le imponía respecto de los demás, y que en las circunstancias excepcionales presentes crecieran de punto, hizo por su parte dos reverencias modeladas en todo sobre las que la dirigieran, y respondió con aquella su voz á la vez armoniosa y vibradora que tanto avaloraba sus más insignificantes palabras, y sobre todo con ese tono perfecto que, inspirado por un designio bondadoso, parece realzar las frases más sencillas:

—Señora, cuando yo sepa en qué pueda serla útil, qué me sea dable hacer, como V. dice, en pro de su dicha...

—¿Qué? todo lo puede V., exclamó la señora de Barthele cediendo poco á poco á un influjo irresistible. Lo que V. puede ya se lo dirá el médico, que además

de gran facultativo es hombre de peregrino ingenio.

Fernanda dirigió á los dos jóvenes una mirada expresiva, como para preguntarles el significado del lenguaje de la baronesa, pedirles la clave de aquel enigma para ella más incomprendible por momentos. Ínterin, la señora de Barthele, en su fuero interno, con ayuda de la reflexión confirmaba la opinión favorable que de buenas á primeras concibiera respecto de la singular mujer con quien la desgracia la ponía en comunicación.

—La señora, respondió León de Vaux á la muda pregunta de Fernanda, al tiempo que con el respeto más profundo designaba á la baronesa, es una madre á quien causará la más viva alegría deberle á V. la dicha de su hijo.

En el significado de estas palabras y sobre todo en el tono grave y bobamente socarrón del que las pronunciara, había algo de ridiculez tal, que en cualquiera otra circunstancia Fernanda hubiera experimentado uno de los impulsos de risa á los cuales gustaba de abandonarse en ocasiones; pero se contentó con sonreír, y aun su sonrisa apenas le contrajo los labios. La dama que le presentaban como una madre temerosa por la existencia de su hijo, era tan sencilla y tan ingenua en su actitud, revelábase como inconscientemente en su rostro una tristeza tan profunda, que Fernanda comprendió, por un vago presentimiento del alma, que en lo sustancial de aquél en la apariencia ridículo lance había una causa de aflicción real y tal vez una gran desventura. Así pues, al punto y con acento impregnado de bondad, rogó á la señora de Barthele que le hiciese el obsequio de explicarse.

—¡Ah! mi pobre hijo la ama á V.; sí, señora, la ama, y el amor que V. le ha inspirado le sumerge en una angustia y en un delirio que no hay posibilidad de calmárselos. Está en peligro de muerte, señora; pero ya que es V. suficientemente bondadosa para aceptar nuestra proposición y venirse á pasar algunos días á nuestro lado, al lado de él...

La admiración de Fernanda se manifestó por modo tan expresivo, que la señora de Barthele, al notar que

había herido cruelmente á la joven, le asió la mano, y estrechándosela con afecto involuntario, dijo:

—¡Ah! señora, muévela á V. el mal que está causando, inconscientemente quizás, y quépale la íntima seguridad de que sabremos apreciar y agradecer cuanto su bondad y su complacencia...

Fernanda palidécio hasta la lividez, solamente en vista de lo cual la baronesa comprendió hasta qué extremo y tomadas en cierto sentido eran ofensivas las palabras que acababa de pronunciar; callóse, pues, de improviso, balbuceó algunos vocablos ininteligibles, y sintió subir de punto su turbación al oír á León decir á media voz á la joven, indudablemente para vengarse del sofión que poco antes recibiera de ésta:

—Ahora lo comprende V., señora, ¿no es así?

Semejante grosería hirió á la vez y de un mismo golpe el corazón de las dos mujeres, cada una de las cuales hubo de hacer por su parte un esfuerzo inusitado para domar el reproche que parecía presto á brotar de sus labios, y que, sin embargo, se leía en su mirada.

Por lo que respecta á Fabián, parecía asistir como mero espectador á una escena de comedia; comprendía la perplejidad recíproca de la aristócrata y de la cortesana, y como por mucho que digan, la amistad no nos ciega generalmente sino por lo que reza á las cualidades de nuestros amigos, halló que el papel de León era, en aquellas circunstancias y gracias sobre todo á su carácter de amador, el más ridículo de los tres.

En cuanto á Fernanda, la impresión que habían producido en ella las palabras inocentemente incisivas de la señora de Barthele pasó, ó á lo menos pareció pasar con la rapidez del relámpago. Una resolución interna, de la que se vió brillar la llama en sus ojos, dió á su actitud una elación que no hizo sino añadir nuevos quilates á su innata honestidad, que tanto realce daba á todas sus acciones; apartó suavemente la mano de la baronesa, y respondió con admirable correspondencia de acento y de postura:

—Señora, no me sería dable, sin exponerme tal vez á ser injusta para con V., emplear en este instante el

lenguaje que reclama mi carácter. Así pues no es á V. á quien me dirijo, sino á los señores de Rieulle y de Vaux, que aquí me han conducido.

Entonces, volviéndose con calma y dignidad hacia los dos amigos, dijo:

—Caballeros, el colocar á una mujer en posición humillante en presencia de otra mujer, sin que á tal castigo se haya hecho acreedora, es una audacia que viniendo de ustedes no debería admirarme, aun cuando de ello les concediese la honra de creerles incapaces: lo que ustedes han hecho ha sido cometer una nueva villanía contra esos seres indefensos á quienes desde la infancia y valiéndose de la seducción, de la astucia y de la sorpresa, despojan ustedes de las virtudes que constituyen la única fuerza de su sexo; á quienes acechan en el umbral de la infancia, y en ocasiones antes de que tengan uso de razón, para corromperlos primeramente y luego arrogarse el derecho de cubrirles de ultrajes y de desprecio; y con todo ni el uno ni el otro de ustedes dos, lo repito, tenía el derecho de colocarme en la posición en que me han colocado en lo presente.

La señora de Barthele, sobrecogida ante una escena que estaba muy lejos de esperar, se apresuró á intervenir, ensayando hacer oír á Fernanda algunas palabras de disculpa para ella y para los dos jóvenes; pero ésta la interrumpió con el tono de la mujer que comprende que domina la situación y sabe que es ella la que tiene derecho á que la escuchen.

—Señora, dijo Fernanda, no pronuncie V. una palabra más, se lo ruego. Todo me da á entender que en V. estoy viendo uno de esos seres favorecidos, al nacer, por la fortuna; guiados, en su infancia, por padres cuidadosos que les han transmitido costumbres puras y saludables ejemplos. ¿Por qué pues ponernos en contacto á las dos? ¿por qué hacer doblegar las extremidades de la sociedad hasta que se toquen? ¿por qué conducir á la fuerza ó por amaño á la cortesana á presencia de la dama? Comprendo la inmensidad de la sima que justas preocupaciones abren entre nosotras, y para probarle

que la falta no parte de mí y que me juzgo rectamente, me alejo.

En pronunciando estas palabras, Fernanda hizo una profunda reverencia, y sin dirigir siquiera una mirada á León y á Fabián, dió algunos pasos hacia la puerta; pero antes no llegó á ella, la señora de Barthele, que de momento había quedado muda é inmóvil de sorpresa, le cerró el paso, y juntando las manos exclamó con vehemencia:

—¡Señora! ¡señora! apiádesse V. de una madre sumergida en la desesperación; se lo suplico á V.; mi hijo se muere. Señora, se trata de mi hijo.

Fernanda no contestó; pero encontrándose en aquel instante entre la baronesa y los dos jóvenes, volvió á medias y desdeñosamente la cabeza sobre el hombro, y dirigiéndose á estos últimos, dió á su fisonomía una singular expresión de menosprecio y de cólera y dijo:

—En cuanto á ustedes, señores, se han olvidado de quien era Fernanda. ¡Fernanda! ya saben ustedes lo que significa tal nombre pronunciado de esta suerte. Mírenme ustedes, y mientras vivan recuerden el bochorno de que acaban de cubrirme.

—Si V. nos permitiera que le diésemos una explicación, dijo Fabián con tono grave, creo que pronto conocería cuán poco merecemos la amenaza que nos dirige, sobre todo cuando la presencia de V. en esta casa no es sino una prueba de lo que la estimamos.

—¡Oh! sí, sí, señora, exclamó con llanto en los ojos la señora de Barthele, y pareceme que debiera haberla convencido á V. de ello la acogida que le he dispensado.

—Creo cuanto se digna V. decirme, señora, contestó Fernanda apeándose del acento de la más suprema elación al tono de la más humilde cortesía; pero quépale la seguridad de que á mi vez le doy una prueba del profundo respeto que me merece, alejándome antes de que la situación dolorosa en que me hallo me obligue á hablar á él.

Y al mismo tiempo avanzó otro paso hacia la puerta; pero en aquel instante ésta se abrió y apareció Clotilde.

—¡Ah! hija mía, exclamó la baronesa, préstame tu

ayuda, y así como yo intercedo por mi hijo, hazlo tú por tu marido.

Fernanda quedó inmóvil de admiración, y cruzó una mirada indescriptible con la esposa de Mauricio.

La aparición del nuevo personaje que acababa de entrar en escena había, como es de suponer, aumentado la turbación de los actores del drama íntimo que ensayamos desenvolver ante nuestros lectores: la edad y el título de madre daban á la señora de Barthele una como autoridad moral á los ojos de los dos jóvenes y á los de la mujer á quien éstos condujeran; pero Clotilde, revestida de su carácter de esposa, se encontraba en una situación falsa que le era ya imposible evitar. Por más que entre sí y en alta voz, estuviesen ó no convencidas de la inminencia del peligro, la baronesa y su nuera dijesen: *Es menester salvar á mi hijo, es preciso salvar á mi marido*, era asunto de matrimonio, lo más ridículo entre lo serio, según Beaumarchais, y la sociedad, siempre predispuesta á reirse respecto del particular, debía hacerlo aún de las lágrimas que veía correr al encontrar á Clotilde frente á frente de Fernanda, á la mujer de bien al lado de la cortesana, á la esposa cara á cara con la querida; en otros términos, lo plausible y lo vituperable reunidos; lo cual ofrecía una situación repugnante á la cultura, una representación ofensiva á las costumbres admitidas, un aspecto en el que salía vulnerado la sensibilidad social.

La señora de Barthele no dejaba de comprenderlo así; pero metida en el aprieto con su acostumbrada ligereza, resolvió hacer frente á él valerosamente, arrojando hasta el fin las consecuencias de su falta de reflexión. Cogió, pues, la mano á Clotilde, á quien se la estrechó cariñosamente sin saber porqué, tal vez para sostenerse á sí misma en su resolución, y dirigiéndose á Fernanda, sin por esto presentarla su nuera, la dijo con arranque del alma y como quien se ase de una tabla de salvación:

—Ah! la esposa de mi hijo, señora; la desventurada está en peligro de quedarse viuda después de tres años de matrimonio; compadézcase V. de ella.

La mirada que las dos jóvenes cruzaron había bas-

tado para que comprendiesen su rivalidad. En la una estaba la magia, el prestigio, el brillo; en la otra la inocencia, la hermosura, la autoridad del derecho; ambas tuvieron que envidiarse mutuamente algo; ambas se ruborizaron y se inclinaron al mismo tiempo.

—Mi querida Clotilde, dijo en voz baja la baronesa, pero de modo que pudiesen oírla, todo debemos comprenderlo ahora; esta es la señora Ducoudray.

—¡La señora Ducoudray! exclamó Fernanda con sorpresa al ver que era ella á quien designaban con tal apellido.

—Sí, señora, se apresuró á decir Fabián intentando darla á entender, por medio de la expresión de la mirada y del movimiento de la fisonomía, que había sido preciso recurrir á la astucia por respeto á las consideraciones sociales; sí, señora, hemos creído no deber ocultar aquí el apellido de su esposo de V. Dispénsenos V. nuestra indiscreción, á nuestro ver, si no necesaria, á lo menos congruente.

Este fué el golpe de gracia para Fernanda; la cual, después de dirigir una mirada de ira á León y á Fabián, se volvió hacia la señora de Barthele, á quien dijo:

—También tengo yo mi arrogancia y mi pudor, señora; si V. me recibe, bueno es que lo haga por quien soy; porque recibéndome bajo un nombre supuesto, su bondadoso acogimiento deja de ser una honra para convertirse en una humillación. No estoy casada, ni viuda, ni me apellido la señora Ducoudray: mi nombre es Fernanda.

—Pues bien, señora, sea cuál fuere el nombre bajo el cual se presente V. en esta casa, exclamó la baronesa, sea V. bien llegada; nosotras somos quienes hemos ido á buscarla á V., nosotras quienes imploramos su presencia y le suplicamos se quede.

Al escuchar aquella voz vibradora cuyo acento maternal filtraba hasta el corazón, y al ver el gesto con que Clotilde acompañara las palabras de su madre política, Fernanda comprendió que dos mujeres tan distinguidas no se encontraban en semejante posición sin que las moviera uno de esos poderosos intereses que colocan

las situaciones en sitio superior al de las leyes sociales. Rehízose, pues, prontamente, y dominando su sublevado orgullo, dijo á la baronesa, ante quien se inclinó con respeto lleno de gracia:

—Carezco ya de voluntad, señora; haga de mí lo que más la agrade. Por lo demás, ¿qué me importa el modo cómo me apelliden, habiendo renunciado como he renunciado al mío verdadero? Lo único que ahora exijo es la explicación que hace poco me he negado á escuchar y que V. iba á darme cuando ha entrado la señora.

Fernanda, al pronunciar estas últimas palabras, designó con la mano á Clotilde, de quien ignoraba el nombre.

—¡Oh! ¡gracias! ¡gracias! exclamó la baronesa enajenada; ya me decía el corazón que iba V. á prestarnos su ayuda: es V. demasiado hermosa para no ser buena... Ha de saber V. pues...

No bien la señora de Barthele acababa de pronunciar estas palabras, cuando una nueva peripecia, la entrada del conde de Montgiroux en la sala, vino á cambiar de nuevo la faz de aquella escena, sin que desde entonces pudiera preverse cómo terminaría.

Al ver á Fernanda, el conde se detuvo improvisamente y dió una voz. Aquel arribo inesperado y aquella exclamación de sorpresa escapada de labios de Montgiroux, produjeron uno de esos efectos teatrales tan difíciles de describir á causa de la diferencia de impresiones que cada personaje recibe, y para la comprensión de los cuales es menester dejar que la imaginación campe, pues ésta revela al entendimiento más que no el arte del narrador, casi siempre deficiente.

Lo que resultó evidente para los circunstantes, fué que la fingida señora Ducoudray y el conde de Montgiroux se conocían más que no aparentaron conocerse, por más que los dos se repusieron inmediatamente de la sorpresa que recíprocamente manifestaran, pues ésta había sido bastante visible para dar lugar á que los espectadores más ó menos interesados de aquella escena se entregasen á toda clase de conjeturas.

—Ve ahí la clave del enigma que tanto te preocupaba,

dijo Fabián á León; el príncipe reinante es el conde de Montgiroux.

—¿Qué relaciones pueden existir entre el conde y esta mujer? se preguntó la señora de Barthele.

—¡Ah! murmuró el grave par de Francia, por Fernanda es por quien se muere de amor mi sobrino.

—¿Es esto un lazo hábilmente armado, una venganza de León de Vaux? dijo para sí Fernanda.

Únicamente Clotilde, tranquila y ajena á las impresiones del momento, no experimentaba temor íntimo alguno; así es que fué la primera en romper el silencio.

—Tío, dijo la joven, ¿no es el médico quien le envía á V. por nosotras?

—Sí, respondió Montgiroux con viveza; el doctor sabe la llegada de la señora y se impacienta.

—Pues bien, dijo la baronesa, ya que la señora nos hace el favor de ponerse á nuestra disposición y el médico se impacienta, no perdamos momento.

—Señora, repuso Fernanda, dirigiéndose á la madre de Mauricio, ya he manifestado á V. que estaba á sus órdenes, y pues pretenden que mi presencia es necesaria...

—¡Necesaria! ¡necesaria! murmuró el de Montgiroux; verdaderamente esta es la palabra. Un pobre loco, el marido de mi sobrina, ha tenido la desgracia de verla á usted, y, al igual que acontece á cuantos la ven, se muere de amor.

El conde pronunció estas palabras con acento tal de despecho, que Clotilde, guiándose por su moral severa, creyó que aquél quería dar una lección á Fernanda.

—¡Tío! exclamó la joven echando los brazos al cuello del conde, ¡por favor se lo ruego!

Y luego añadió en voz baja:

—La severidad sería poco conveniente de nuestra parte y sobre todo en la ocasión presente.

Pero el par de Francia estaba demasiado fuera de sí para quedarse en el camino; así es que al contestarle Fernanda diligente:

—¡Oh! señor conde, presumo que su galantería de usted le hace exagerar la situación del enfermo,

Replicó:

—No, señora, no; porque éste, en su delirio, la nombra á V., y le da títulos de ingrata, de pérfida, traidora y qué sé yo cuántas cosas más.

La escena amenazaba convertirse en contienda personal, á la que Montgiroux, en su imprudencia, iba á provocar á Fernanda, cuando con una palabra la baronesa hizo entrar á su antiguo amante en el terreno que convenía á su posición.

—Señor conde, dijo ésta con dignidad, V. olvida que la señora Ducoudray está en mi presencia, en casa de mi hijo, ante su sobrina de V., y que si tiene V. que pedirle alguna explicación, ha escogido mal el sitio, y la ocasión es inoportuna.

—Sí, tío, sí, exclamó Clotilde sin comprender absolutamente nada respecto de los sentimientos que preocupaban á Montgiroux; en este momento no pensemos sino en Mauricio, se lo ruego á V.

—¡Mauricio! exclamó Fernanda; ¿el enfermo se llama Mauricio?

—Sí, señora, respondió la baronesa. ¿No sabe V., pues, en casa de quién se encuentra? Yo soy la baronesa de Barthele.

—¡Mauricio de Barthele! dijo Fernanda. ¡Oh Dios mío! ¡Dios mío! ¡apiadaos de mí!

En pronunciando estas palabras, la joven se llevó la mano á la frente, y después de vacilar por un instante, cayó desvanecida entre los brazos de Clotilde y de la baronesa, quienes al verla palidecer y desplomarse, se habían adelantado para recibirla.

VII

La mujer que tal turbación causaba en la familia de la señora de Barthele, al volver en sí recordó la situación en que contra su querer acababan de colocarla, y haciendo un esfuerzo sobrehumano recobró su presencia